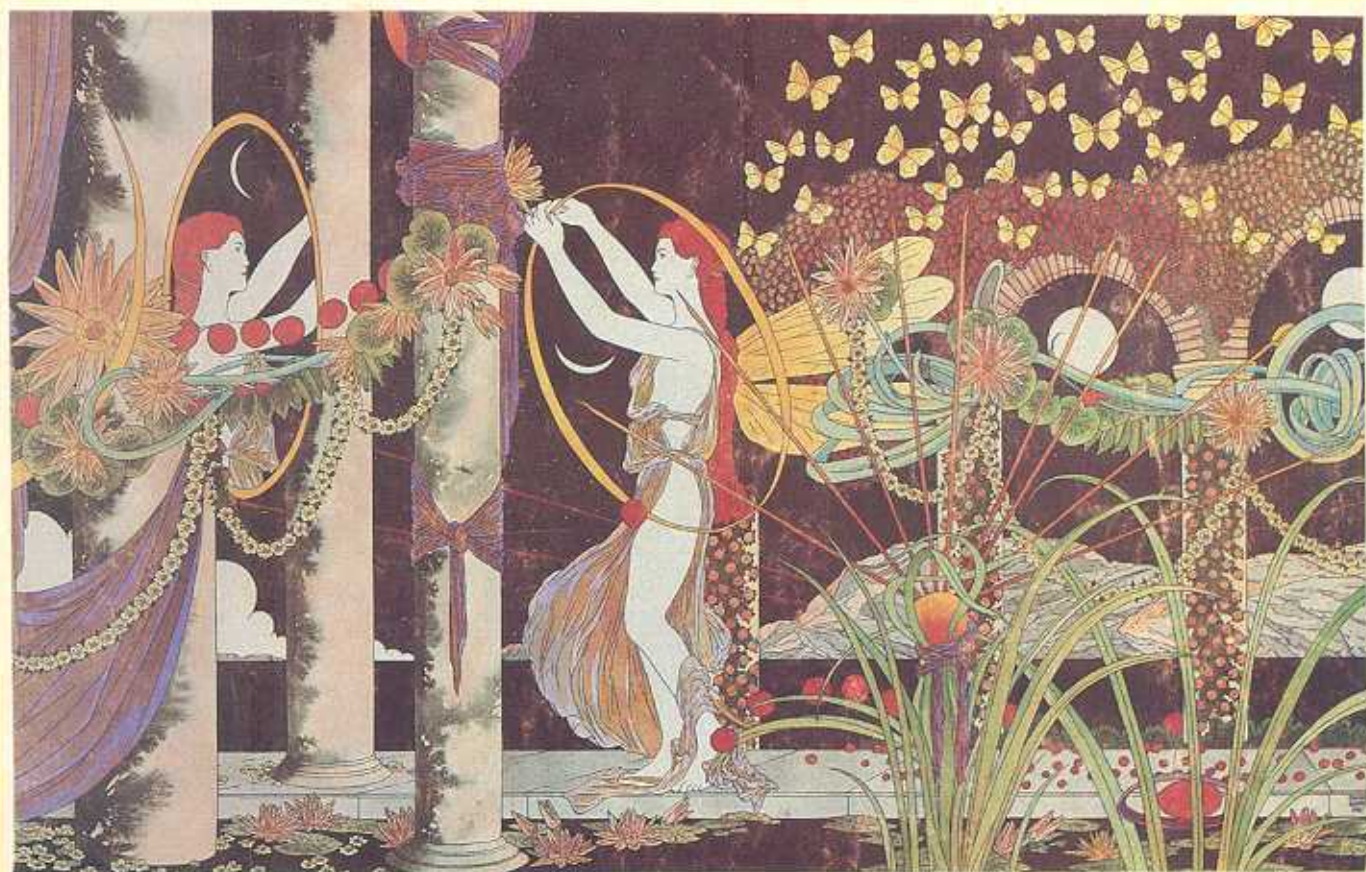


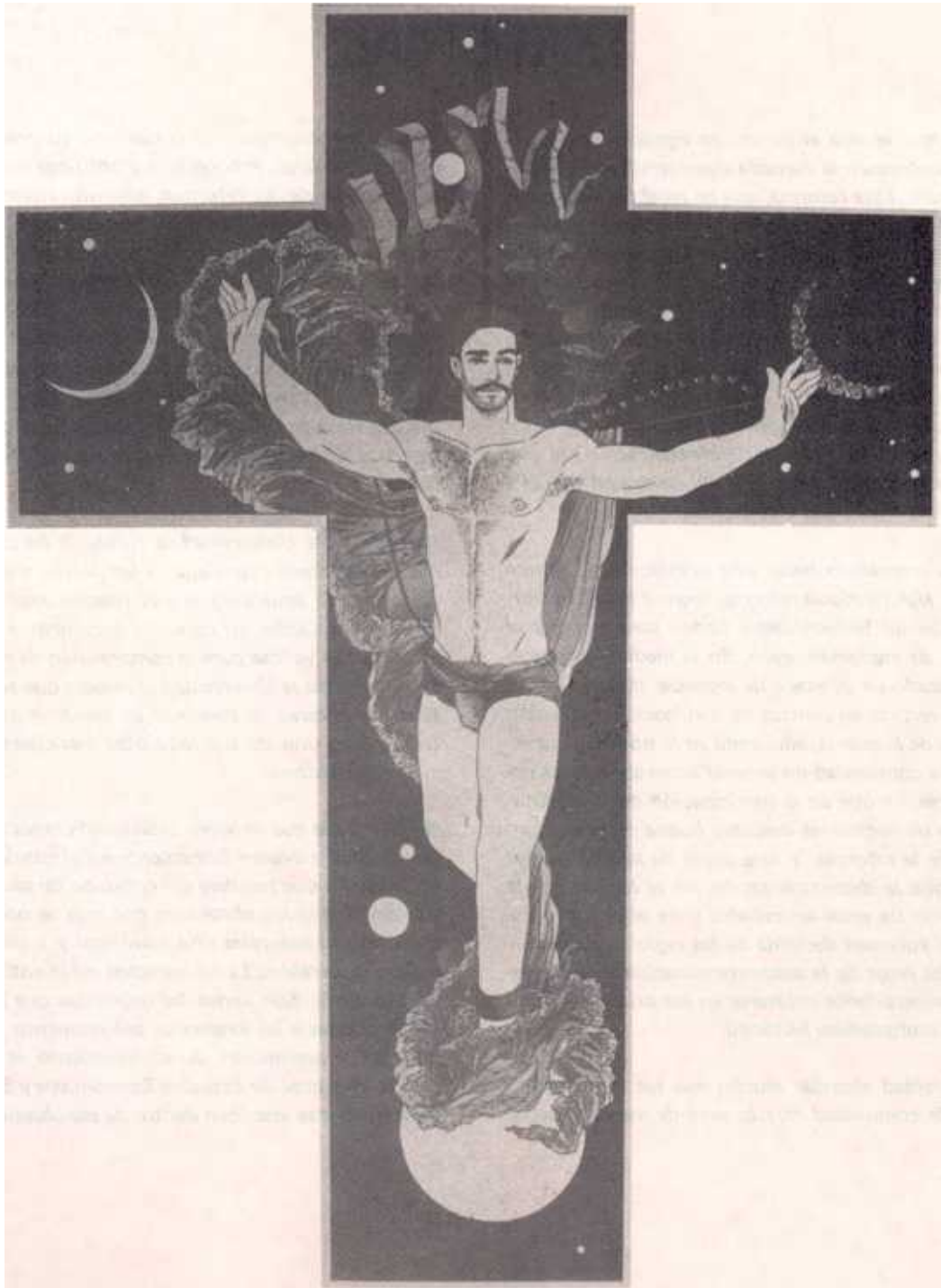
HUELLAS

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DEL NORTE



Iglesia y política en la Costa Atlántica • Una temprana argumentación en favor del federalismo en la Costa Caribe de la Nueva Granada • Los partidos políticos durante el siglo XIX • Vallenato, ¿cuál tradición narrativa? • La presencia de la filosofía y la ciencia en la novela contemporánea • Schopenhauer: Uno de los dioses de Fernando Savater • Arte y técnica de la traducción • La campaña pacificadora en la frontera de Riohacha (1772-1779)





Alvaro Barrios, "Cristo resucitado". 1986. Tintas de colores sobre papel 60 X 75 cm.

IGLESIA Y POLITICA EN LA COSTA ATLANTICA

Por
Eduardo Posada Carbó

En el estudio del desarrollo de la nación colombiana, el papel de la iglesia ha ocupado un puesto de especial importancia. La política colombiana del siglo diecinueve estuvo en buena parte determinada por la lucha de poderes entre los amigos de la iglesia y los amigos del estado laico, cuyas secuelas aparecen también a lo largo del presente siglo.

Esta característica nacional —estrecha relación entre la iglesia y la política— aparece, sin embargo, matizada en la historia de la Costa Atlántica, donde el papel de la iglesia en la sociedad ha sido más débil que en otras regiones del país. Este ensayo quiere describir aspectos del papel de la iglesia en la política de la costa atlántica colombiana. Para tal efecto, se analizarán, primero, algunas actitudes de la población costeña frente a la iglesia y la religión y, segundo, se describirán algunos hechos políticos de principios del siglo veinte, con el fin de descubrir las peculiaridades de las relaciones entre iglesia y política en la costa atlántica.

1

Durante las últimas décadas del siglo XVIII, el Virreinato de la Nueva Granada decidió enviar varias misiones a aquellos territorios donde una población dispersa se había acostumbrado a vivir por fuera del control de las auto-

ridades civiles y eclesiásticas. Cuatro de las seis misiones se dirigieron hacia el Caribe colombiano. Una de ellas, liderada por el Padre Joseph Palacios de la Vega, intentó organizar a las poblaciones que habían escapado del control del estado, al sur de la provincia de Cartagena. Durante su recorrido, el Padre Palacios de la Vega se tropezó con indios, negros, mestizos, zambos, mulatos y blancos fugitivos, viviendo en un estado de anarquía, bajo la complacencia de unas autoridades corruptas y de un clero indiferente:

le pregunté al Cura... por sus feligreses; me dio noticias de las rochelas donde paraban, de las excomuniones que les avían echado los Sres. Obispos pa q. se reuniesen y fundasen, de las veces q. las Justicias an querido acerlo y no an podido, de como se morían sin sacramentos y se enterraban en los montes y en fin de sus procederes tan contrarios a nra. religión... (1).

El Padre Palacios de la Vega también se impresionó cuando conoció a una tal Cathalina Mendoza, quien "estaba allí sin aver salido ni a la orilla del caño q. el primer hijo q. parió, sin saber del cual de los quatro onbres era porq. ttodos usaban de ella". El comportamiento sexual no era, pues, al parecer, muy ortodoxo; las relaciones sexuales tampoco era un patrimonio exclusivo de la población adulta:

... observé que a nra. visita un chiquillo como de diez años echó a correr acia el monte. Mande al Cabo aprettase el paso y me lo cojera, y yo seguí su rumbo quando a disttancia de diez barras más adelante de donde se cojió el muchacho, tres como de doze años con otras ttanttas muchachas todos junttos procreando. Vi el colmo de la maldad en criaturas. (2).

El recuento del Padre Palacios es útil para comprender las débiles relaciones entre la iglesia y las comunidades que él visitó. A su paso, el populacho le llamaba **ladrón vestido de Frayle** y en alguna ocasión fue atacado por las 200 concubinas de un tal López, cacique de la localidad.

La situación en los centros urbanos distaba mucho de asemejarse a las condiciones anárquicas descritas por el Padre Palacios en el sur de Bolívar. Cartagena y Santa Marta habían sido las primeras diócesis erigidas durante la colonia (1534). Después de Boyotá, la jurisdicción de Cartagena ocupó por mucho tiempo el segundo lugar de importancia en la jerarquía católica colombiana. Sin embargo, la población nunca tuvo la docilidad de los boyacenses y la iglesia tuvo que enfrentarse al relajamiento de las costumbres. Gregorio de Malleda y Clerque, entonces obispo de Cartagena, había prohibido los bundes y fandangos en 1732 "reconocien-

do las inconveniencias y pecados que se originan de semejantes diversiones por sí inhonestas". El efecto de esta medida fue similar a aquella adoptada en 1675, cuando el visitador Jacinto Vargas y Campuzano decidió prohibir el *montocuy*, un juego de los indios zenúes que Vargas consideró como "juntas y borracheras de jugo o vino de palmas, aguardiente, chicha y otras cosas con que se embriagan... y las gaitas de que se dice haber demasiado abuso". (3). En ambas ocasiones, las medidas fracasaron frente a la indiferencia y persistencia de la población.

Las familias dominantes tampoco fueron buen ejemplo de comportamiento puritano. El Marqués Juan Bautista de Mier y la Torre reconoció a siete hijos ilegítimos. Ninguna sanción social impusieron los momposinos a don José Fernando Mier y Guerra cuando éste decidió convivir abiertamente con la viuda de su primo y sobrina. Tampoco se le sancionó a la Marquesa María Josefa Isabel cuando hizo vida marital, sin casarse, con un oficial español. (4).

Por supuesto que la estructura familiar es un punto fundamental en cualquier análisis relacionado con la iglesia. Dos tipos de organización familiar dominaban en la Costa. De un lado, la monogamia basada en la unión libre y estable. De otro lado, la poligamia: ya como Cathalina Mendoza a quien el Padre Palacios encontró cohabitando con cuatro hombres (un ejemplo tal vez extremo), o como el Marqués Juan Bautista de Mier, a quien no le faltaron las *queridas*.

Fortalecer el matrimonio siempre ha sido una preocupación fundamental de la iglesia. A pesar de sus esfuerzos, sin embargo, la iglesia no contaba con el suficiente poder para imponer sus instituciones básicas. Rafael Gómez Picón, al visitar la zona ribereña en la década de 1940, relataba cómo había observado que las mujeres rechazaban la idea de casarse, después de haber escuchado el sermón del cura un domingo. (5). En 1930, 49 por ciento de los nacimientos en el Magdalena se registraban como ilegítimos, así como 41

por ciento en el Atlántico y 33 por ciento en Bolívar. Cifras que contrastan con el 12 por ciento de los nacimientos registrados en Antioquia como ilegítimos. (6).

El relajamiento de las costumbres no excluía la existencia de ciertas devociones religiosas. Un gran número de provincias costeñas eran devotas de la Virgen de la Candelaria; otras, como Tubará, veneraban a San Luis Beltrán:

... (le) veneran tanto los indios, que tienen como obra de un milagro suyo un gran pozo que los provee de agua sin agotarse jamás, y una piedra que llaman pintada, por tener dos pies marcados, que suponen ser los del Santo que estuvo parado sobre ellas. (7).

Las fiestas de la Virgen de la Candelaria tenían lugar todos los segundos días de febrero, en aquellos pueblos que le brindaban devoción. Sin embargo, no se trataba precisamente de una fiesta de recogimiento. El juego, el baile, el aguardiente, eran las actividades principales de la población durante tres días continuos. Una fiesta originalmente religiosa se convertía en carnavales:

ahora no hay en las provincias de la Costa, arrabal de ciudad, ni villa, ni aldea, ni caserío donde no empiece la zambra desde las siete de la noche hasta el amanecer del lunes; constituyendo el juego y el aguardiente la principal diversión.

A pesar de todo, cuando las fiestas concluían el miércoles de ceniza, hombres y mujeres en Cartagena, "oían misa en San Diego, en el altar de San Benito, el Negro, en la que el sacerdote les imprimía en la frente la cruz de ceniza". (8).

En estas condiciones y circunstancias, ¿es acaso sorprendente descubrir la escasa vocación al sacerdocio de los oriundos en las poblaciones costeñas? Los del interior, por su parte, veían con dificultad su adaptación al clima. También le temían a la fiebre amarilla. Por lo tanto, los sacerdotes extranjeros

—españoles, italianos y hasta libaneses— debían llenar el vacío creado en las diferentes parroquias. Obispos nacidos en Milán, monseñores Biffi y Brioschi, dominaron la iglesia de Cartagena durante finales del siglo diecinueve y gran parte del siglo veinte. Todavía en 1960 ninguno de los obispos, vicarios o prefectos de los 53 dignatarios que entonces comandaban la iglesia colombiana había nacido en la Costa Atlántica; escasamente 48 de los 2.186 de los curas diocesanos habían nacido en algún pueblo costeño. Un análisis de la iglesia en las diferentes regiones colombianas concluía clasificando a Santa Marta, Cartagena, Barranquilla y Montería, entre "las diócesis con las situaciones más difíciles". (9).

2

Dados, entonces, el relajamiento de las costumbres populares, el poco control que la iglesia ejercía sobre la estructura familiar y la significativa presencia de sacerdotes extranjeros en las parroquias costeñas, ¿influyó la iglesia en la política regional?

La debilidad política de la iglesia en la región puede observarse a través de las amargas confrontaciones que sucedieron entre la población y la jerarquía católica y entre las autoridades civiles y eclesiásticas durante los primeros años de este siglo.

En diciembre de 1910, por ejemplo, como consecuencia de un levantamiento de masas y presionado por el mismo gobierno departamental, Monseñor Pedro Adán Brioschi —entonces Obispo de Cartagena— tuvo que abandonar el país hacia el exilio en Panamá. Monseñor Brioschi había vendido a la Unión Americana de San Francisco, California, algunas propiedades de la diócesis, "dizque para salvarlas de la rapacidad de los liberales". (10). Se organizaron varias manifestaciones de protesta en la ciudad contra la supuesta venta, las que desembocaron en el saqueo de tiendas en búsqueda de machetes. El cónsul de los Estados Unidos informó: "varios asesinados y heridos. Muchas tiendas saqueadas. Ningún americano

afectado". Conservadores como Diego Martínez y liberales como Simón Bossa se opusieron a Monseñor Brioschi, aunque ellos mediaron en la solución del conflicto. El gobernador José María de la Vega adoptó una actitud indecisa que, eventualmente, le costó el cargo. (11).

Detrás del levantamiento popular podrían existir varios motivos e intereses, pero como enfatizaba el **Chargé D'Affaires** de los Estados Unidos en Bogotá, "la impopularidad de la iglesia en Cartagena y la antipatía hacia los jesuitas fueron sin duda factores que influyeron en la opinión pública". (12).

Durante los días del conflicto y mientras el obispo era expulsado, la élite cartagenera recibía "con grandes agasajos" la visita del masón General Eusebio Morales, oriundo del antiguo Estado de Bolívar. (13). Años más tarde, Monseñor Brioschi escribiría:

Jamás podrá borrar el republicanismo el baldón de los brotes salvajes... que demagogos con careta conservadora llamaron jornadas... en esos días fueron violadas las garantías personales, fue pisoteada toda ley, desconocida la autoridad de la iglesia, vejado el pastor y alejado de su grey... ensalzada la *chusma ebria de odio y de licor*, autorizada la violencia y libre la canalla difamadora de saquear y destruir. Todo esto entrañó el triunfo de la secta masonica en Cartagena en diciembre de 1910. (14).

Además de los ataques contra la autoridad de la iglesia, el cónsul norteamericano reportó acerca de supuestas amenazas de sentimientos anti-yanquis. El gobierno republicano en Bogotá temió por serias consecuencias cuando la población fue invitada a seguir un movimiento separatista o federalista.

Años más tarde, Monseñor Brioschi estaba de regreso en la arquidiócesis. Nuevamente se vió mezclado en problemas, esta vez con las autoridades civiles regionales.

En junio de 1918, Brioschi atacaba al gobernador de Bolívar y en marzo de 1921, excomulgaba al gobernador conservador José de Irisarri. La asamblea conservadora de Bolívar se opuso a las actitudes de Brioschi. (15). No se detuvo. En junio de 1922, presionó al Ministro de Educación en Bogotá para que éste cerrara el Colegio de la Esperanza. El exgobernador Irisarri, ahora rector del colegio, recibió el apoyo de la juventud cartagenera, de los liberales y de influyentes conservadores como Carlos Vélez Daníes y H.L. Román. (16).

No obstante, Monseñor Brioschi no era un obispo sin poder. En 1902, un cónsul norteamericano había observado el poder "casi sin límites" de los dignatarios eclesiásticos de Bogotá y Cartagena, "tanto en materia civil como religiosa". Otro informe, fechado en 1926, consideraba que la influencia política de Brioschi era "muy poderosa". (17).

Brioschi ejercía su influencia en los gobiernos conservadores de la capital de la república, evidente durante las administraciones de Marco Fidel Suárez y del General Pedro Nel Ospina. Cuando Enrique Arrázola, líder conservador de Bolívar, emergió como posible candidato para la gobernación de dicho departamento en 1923, Monseñor Brioschi vetó su nombre y, en cambio, el General Ospina escogió como su agente a Vicente Martínez. Aunque la oposición de Brioschi no significó la muerte política de Arrázola, quien en 1926 se había convertido en una de las principales figuras políticas de la región.

¿Hasta qué punto, entonces, la influencia de la iglesia era determinante en el proceso político de la Costa Atlántica? ¿Era tan poderosa como en el interior andino? ¿Cuál era la actitud de los políticos costeños frente a las autoridades de la iglesia? Y la gente, ¿hasta dónde aceptaba la interferencia de la iglesia en su vida personal y política?

Ciertamente la iglesia participaba en política. Había sacerdotes con poder para nombrar maestros de escuela, co-

mo el Cura Conde lo hacía en Santana en 1923. (18). El obispo de la Guajira, Monseñor Atanasio, era considerado como el "jefe del distrito entero", por lo menos según un ciudadano norteamericano en 1924. (19). Ya se ha dicho cómo Monseñor Brioschi fue capaz de vetar el nombramiento de un gobernador en Bolívar.

Los hechos sugieren, sin embargo, que el poder influyente de la iglesia católica en la política regional restaba, principalmente, en sus vínculos con el gobierno central. Los políticos costeños eran conscientes de ello. Por eso, cuando el General Juan Manuel Iguarán presionaba por el nombramiento de su amigo Joaquín Campo en la gobernación del Magdalena, le escribía al Presidente Ospina que Campo "cuenta también con las simpatías del señor Obispo con quien me he entendido sobre el particular". (20).

Es difícil tal vez llegar a conclusiones categóricas acerca de las actitudes de los políticos frente a la iglesia. Hay pocas dudas acerca de los liberales. Se amoldaban al patrón nacional: compartían un sentimiento contra la iglesia. Pero los conservadores, ¿podrían compararse a sus copartidarios del interior?

Por supuesto que hubo ortodoxos, como Joaquín F. Vélez, quien había firmado el concordato en nombre del gobierno nacional y era conocido como un intransigente. Sin embargo, parece que quienes predominaban eran aquellos que, sin subvalorar el poder de la iglesia, no la tomaban como algo serio. En este sentido, los políticos no podrían reflejar un comportamiento radicalmente diferente del que prevalecía entre la población costeña: la inexistencia de fanatismo, sus particulares hábitos y su organización social, donde la debilidad de la iglesia precisamente restaba.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

- (1) Gerardo Reichel-Dolmatoff (ed.): **Diario de viaje del P. Joseph Palacios de la Vega entre los indios negros de la Provincia de Cartagena en el Nuevo**

- Reino de Granada, 1787-1788**, Bogotá, 1955. Las otras misiones fueron dirigidas por Antonio de la Torre y Miranda en la Provincia de Cartagena, José Fernando de Mier y Guerra en la región oriental del río Magdalena y Francisco Pérez de Vargas en Tierradentro (hoy Atlántico). Ver Antonio de la Torre y Miranda: "Noticia individual de las poblaciones nuevas fundadas en la Provincia de Cartagena", en José Urueta (ed.): **Documentos para la historia de Cartagena**, Cartagena, 1880, vol. 4, ps. 33-78; Orlando Fals Borda, **Capitalismo, hacienda y poblamiento en la Costa Atlántica**, Bogotá, 1976, p. 27 y del mismo autor: **Historia doble de la Costa Atlántica, Mompo y Loba**, Bogotá, 1980, ps. 112B-114B; ver la introducción de Reichel al **Diario de Viaje**, op. cit., ps. 6, 10, 13, 14.
- (2) Reichel (ed.), **Diario de viaje...**, ps. 40 y 73.
- (3) Citado en Fals Borda, **Mompo y Loba**, op. cit., p. 115B.
- (4) Los de Mier fueron una de las más poderosas familias en la Costa durante los siglos dieciocho y diecinueve. Ver Fals Borda, **Mompo y Loba**, op. cit.
- (5) "Hasta ahí cura bien pendejo! Cómo se imagina que vamos a firmar contra para vivir toda la vida con un solo hombre", en Rafael Gómez Picón, **Magdalena, Río de Colombia**, Bogotá, 1961. Ver también, Virginia Gutiérrez de Pineda, **La familia en Colombia**, Bogotá, 1962, ps. 21-27.
- (6) La influencia relativamente mayor de la iglesia en Cartagena es comprensible. Cartagena siempre fue un importante centro de las actividades de la iglesia durante la colonia. Sin embargo, la iglesia nunca tuvo en esta ciudad el mismo poder que logró consolidar en el interior. Robert Cunningham-Graham había observado la falta de fanatismo religioso en Cartagena en contraste con Pasto, Bogotá y Popayán. Ver Fernando de la Vega, **Cartagena, la de los claros varones**, Cartagena, p. 117.
- (7) Juan José Nieto, "Geografía de Bolívar...", en **Boletín Historial**, Cartagena, 34-35-36, 1913, p. 37.
- (8) Joaquín Posada Gutiérrez, **Memorias histórico-políticas**, Medellín, 1941, II, ps. 63-71. El capítulo 34 de esta obra ofrece una buena descripción del carnaval de 1830. Para los orígenes del carnaval en la Costa ver: Roberto Castillejo, "El carnaval en el norte de Colombia", **Divulgaciones Etnológicas**, Barranquilla, vol. VI, 1957, ps. 63-71. Sobre el carnaval en Barranquilla, ver Margarita Abello, Mirta Buevas y Antonio Caballero Villa, "gajos de corozo, flor de la Habana", **Suplemento del Caribe**, Barranquilla, No. 269, febrero 18 de 1979. Para la descripción de un carnaval en Aracataca, ver Alberto Luna Cárdenas, **Un año y otros días con el general Benjamín Herrera en Aracataca**, Medellín, 1960, p. 252. Para la descripción de un carnaval en Santa Marta (algunos aspectos), ver Julio H. Palacio, "Historia de mi vida", recortes seleccionados de **El Tiempo** (sin fecha), colección privada de Diego de la Peña. Sobre la falta de devoción en Montería durante la Semana Santa, ver Jaime Exbrayat, **Historia de Montería**, Montería, 1971, p. 213.
- (9) Ver Colombia (Contraloría, **Anuario de Estadística General año de 1930**, Bogotá, 1932; Gustavo Pérez e Isaac Wurst, **La Iglesia en Colombia**, Bogotá, 1961, ps. 100, 115, 116, 132, 133, 151, 152, y 177. El territorio de la Costa se encontraba dividido en cuatro diócesis con sus respectivos centros en Santa Marta, Cartagena, Barranquilla y Montería.
- (10) Carta de Diego Martínez Camargo a Monseñor Francisco Ragonesi, Cartagena, enero 17 de 1911, Archivo de Carlos E. Restrepo, Medellín, citado en adelante como CERAM. Esta carta, y otra fechada el 23 de enero, contiene una completa descripción cronológica de los eventos. El levantamiento desembocó en una compleja manifestación de demandas contra el gobierno nacional, donde también se pidió una organización federal para el país. Ver los informes del Gobernador de Bolívar, José María de la Vega, al Presidente Carlos E. Restrepo, publicados en **El Porvenir**, Cartagena, diciembre 22 de 1910, p. 2; Una narración de los hechos favorable a Monseñor Brioschi está dada por José Ortega Torres en sus notas de pie de página en su trabajo de edición de la obra de Marco Fidel Suárez **Sueños de Luciano Pulgar**, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1966, vol. 2, ps. 33, 34, 35. Ver también los informes de la Embajada de los Estados Unidos en Bogotá y del cónsul norteamericano en Cartagena dirigidos al Departamento de Estado en Washington, **United States National Archives**, Washington, informes fechados en Cartagena, diciembre 16 y 20 de 1910, "State Decimal File", Colombia 1910-1929, folios 821.00/363 y 821/362.
- (11) Carta de Carlos E. Restrepo a Luis María Terán, Bogotá, enero 21 de 1911, CERAM.
- (12) De la embajada de los Estados Unidos al Departamento de Estado, Bogotá, diciembre 20 de 1910, **United States National Archives**, (en adelante, USNA), Washington, "State Decimal File" (en adelante SDF), Colombia, 1910-1929, folio 821.00/363.
- (13) En Marco Fidel Suárez, **Obras**, op. cit., p. 35. Los masones habían sido particularmente activos a mediados del siglo diecinueve durante la administración del General Juan José Nieto, quien fundó varias logias, entre otras, El Carmen de Bolívar. En 1864, se fundó también la logia Siglo XIX No. 21-1 en Barranquilla. En 1931, había cuatro logias en Barranquilla, además de la citada: Triple Alianza, No. 2, Estrella del Caribe No. 3 y Barranquilla No. 1-8. Ver Orlando Fals Borda, **El Presidente Nieto**, Bogotá, 1981, p. 162B y **Anuario Estadístico**, Barranquilla, abril 20 de 1933, p. 58.
- (14) Pedro Adán Brioschi, "veinticinco años de episcopado", Cartagena, 1924, citado en Marco Fidel Suárez, **Obras**, op. cit., p. 34.
- (15) "El Tiempo", Bogotá, junio 24 de 1918 y 13 de marzo de 1921, en Jorge Villegas y José Yunis, **Sucesos Colombianos, 1910-1924**, Bogotá, 1976, p. 319 y 387.
- (16) Carta de H.L. Román y Carlos Vélez Daníes al General Pedro Nel Ospina, Cartagena, noviembre 26 de 1922; carta de Vicente Martínez al General Ospina, Cartagena, octubre 8 y diciembre 15 de 1923, **Archivo del General Pedro Nel Ospina** (en adelante, AGPNO), Medellín, Fundación Antioqueña para los Estudios Sociales, FAES.
- (17) Cónsul de los Estados Unidos al Departamento de Estado, Cartagena, diciembre 9 de 1902, USNA, Microfilme, Colombia, Cartagena, filme 13; carta del Vice-cónsul Rand al Secretario de Estado, USNA, SDF, Colombia, 1910-1929, folio 821.00/615.
- (18) En este caso particular, el cura había actuado sin consentimiento del Gobernador. Al saberlo, el Gobernador del Magdalena desaprobó el acto. Ver carta de Joaquín Campo Serrano, Gobernador del Magdalena, al Presidente Ospina, Santa Marta, octubre 2 de 1923, AGPNO.
- (19) Carta de Robert Parrish a Carlton Jackson (Attaché en el consulado de los Estados Unidos), Barranquilla, julio 9 de 1924, USNA, SDF. (folio sin número).
- (20) Carta de Juan M. Iguarán al Presidente Ospina, Santa Marta, octubre 28 de 1922, AGPNO.